

CARTA A CARMEN BUSMAYOR SOBRE LA GUERRA CIVIL¹

1994

«Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de su *monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.»

Eloy Terrón Abad

Srta. Carmen Busmayor²
León

Querida amiga:

Por lo que me dices en tu carta tengo que deducir que te han quedado ganas de que vuelva a espantar a las musas interviniendo en un acto poético. Yo pensaba que estabas asustada por la presentación de tu hermoso libro³ en la Casa de León. Lo estarás cuando recibas, pronto, el texto de mi intervención.⁴

Para tu sorpresa, te diré que me gustaría intervenir en actos como el que me anuncias; sobre todo, por la compañía de amigos tan entrañables; y, además, para poder decir lo que pienso sobre ese fenómeno cultural que fue *Espadaña*, en el León de los años 40, acontecimiento al que dedico un libro que ya tiene título: *Cultura y poesía bajo el vendaval*.⁵

Estoy convencido de que el fenómeno *Espadaña*, y sobre todo el grupo de personas que lo sostuvieron (Don Antonio,⁶ José Castro, Crémer,⁷ Eugenio,⁸ José Luis Leicea, José Vega Merino -"Pipo"-, Antonio Gamoneda, Antonio Pereira,...), es inexplicable sin la Guerra Civil y las condiciones sociales de la provincia de León.

¹ Inacabada. Mecanoescrito, sin fecha, pero de mediados de abril de 1994. Transcripción, revisión y glosas de Rafael Jerez Mir.

² Escritora leonesa, natural de Busmayor (en el Bierzo), ejerció la docencia de la lengua y literatura durante varios años en Fabero, el pueblo de Eloy Terrón, con quien hizo amistad. Éste le dedicó en 1996 una nueva carta -ésta, sí, completa- con centro en su preocupación por el presente y futuro de Fabero y los pueblos próximos, y un artículo -«Contenidos originales de clase en la poesía de Carmen Busmayor»-, que se publicó en 1997 y se incluye en el libro *Escritos de Sociología del Sistema Educativo Español, de Eloy Terrón*, en esta Biblioteca Eloy Terrón.

³ Debe tratarse de uno de los dos libros más reciente de Carmen Busmayor, *Árbol de carne y de luz* (1992) y *Epístola a Carmen* (1993).

⁴ Debe ser «Poesía y sociedad (De cómo el poeta asuma una concepción del mundo y de la vida que se manifiesta en su poesía)», otro texto inacabado, publicado ya en esta Biblioteca Eloy Terrón.

⁵ Debe tratarse de un proyecto irrealizado, del que sólo contamos con el artículo citado en la nota anterior.

⁶ Antonio González de Lama. Canónigo de la catedral de León y director de la Biblioteca Azcárate, lideró del grupo de poetas reunidos en torno a la revista *Espadaña*, en los años 40.

⁷ Victoriano Crémer.

⁸ Eugenio de Nora.

“Apoliticismo” de la clase terrateniente y de la ultraderecha en general, e inestabilidad creciente del complejo social de equilibrios que garantizaba la renta de la tierra

Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de *su monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.

Ahora bien, la clase terrateniente habría estado perdida de no haber dominado los principales poderes del Estado y, principalmente, el comercio exterior. La base de sus elevadas rentas de la tierra era el control que ejercía sobre los aranceles; pues, al ser el precio internacional del trigo una vez puesto en un puerto español alrededor de la mitad del precio en el mercado interior, tenía que presionar sobre los gobiernos para mantener altos los aranceles de los cereales (o, bien, prohibir su importación).

La clase terrateniente, cuyo poder económico era enorme, utilizaba todos los resortes a su alcance para mantener a los gobiernos sometidos. Detentaba todos los mandos superiores del Ejército y de la Armada; y conservaba en manos de parientes las altas dignidades de la Iglesia, el poder judicial, la banca y otras instituciones clave. Lo que no tenía era la formación intelectual necesaria para permitir a sus miembros considerar a sus colonos como iguales, ni siquiera formalmente; de hecho, ninguno de ellos condescendería nunca a hablar en público para pedir el voto de sus “conciudadanos”; faltaría más.

Los miembros de la clase terrateniente eran *apolíticos*, como lo era el general Franco, según recoge su primo.⁹ Es más: toda la ultraderecha española lo era; y así lo denunciaba Antonio Maura, que lo consideraba el mal irremediable de la política española. Además, los dirigentes carlistas, en concreto, cuya influencia sobre la clase terrateniente era enorme, declararon en más de una ocasión que nunca aceptarían el ascenso al trono del pretendiente por una elección o referéndum popular. Pero, aunque la clase terrateniente carecía por completo de convicciones políticas, desde la consolidación de la Restauración inspiró siempre a los gobiernos valiéndose de personas afectas, y fueron frecuentes sus amenazas de hacer intervenir al Ejército para “enderezar las cosas”.

La Restauración fue la época *clásica* del doble poder: el político y el militar. La línea del poder político descendía desde el Rey con las Cortes, a través del Gobierno y los gobernadores civiles, hasta los alcaldes. En cuanto a la del poder militar -que era la genuina línea de mando-, en el reinado de Alfonso XIII partía del Rey y la camarilla militar de Palacio (cuyos miembros procedían todos de lo más “selecto” de la clase terrateniente) para concluir en el Comandante del puesto de la Guardia Civil, tras pasar a través del General Jefe del Estado Mayor, los capitanes generales (antes virreyes) y los gobernadores militares.

Por lo demás, las rentas de la clase terrateniente eran la resultante de un complejo social de equilibrios, cuya inestabilidad tendía a crecer al encadenarse de modo dialéctico una serie de factores.

En las regiones de latifundios había millones de obreros agrícolas (o braceros), necesarios para trabajarlos, aunque en paro estacional, y miles de

⁹ En Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976.

segadores gallegos, temporeros, que “bajaban” a la siega, para comenzar en La Mancha y terminar en tierras de Palencia y León. Y, en esas mismas regiones persistía, además, un hambre verdadera de tierra, al ser la tierra el principal medio de producción y el único que la inmensa mayoría de los españoles sabían manejar; de modo que, ante cada parcela que se ofrecía en arrendamiento, eran muchos los que pujaban para hacerse con ella, con el alza consiguiente de las rentas.

Por otra parte, los intereses de los terratenientes entraban en conflicto con los de los capitalistas y con de la población no terrateniente en general. Las rentas del terrateniente dependían de los precios del trigo, y éstos se mantenían altos mediante la prohibición de la entrada del cereal o imponiéndole aranceles muy elevados. Pero, al ser alto el precio del trigo, los empresarios capitalistas tenían que pagar salarios más altos a sus trabajadores, lo que encarecía sus propios productos hasta excluirlos del mercado. Así, la contradicción entre los intereses de la clase terrateniente y los intereses de la inmensa mayoría de la población amenazaba las rentas de los señores de la tierra constantemente y en varios frentes a la vez; sobre todo, tras el ascenso de la combatividad de la clase trabajadora desde el final de la Primera Guerra Mundial.

Agravamiento de la contradicción entre la mayoría de la sociedad y la clase terrateniente dominante y sus aliados de la derecha reaccionaria y ultrarreaccionaria

El despertar de la conciencia de los trabajadores en Europa Occidental y la Revolución Bolchevique en Rusia constituyeron una seria amenaza para los terratenientes españoles. De hecho, a éstos les pareció desde entonces muy difícil el hacer frente con éxito a las presiones económicas y políticas que más les preocupaban (sobre todo, la libertad de comercio del trigo), y, aún más, después de romperse su centro de referencia y toma de decisiones: la camarilla militar que rodeaba al Rey.

Los terratenientes y sus aliados -la derecha reaccionaria o ultrarreaccionaria toda en general-, consideraban ese despertar de los trabajadores y, sobre todo, los tibios ensayos de democratización como el mayor peligro. Se encolerizaron a la vista del fracaso de los gobiernos conservadores, convencidos de que había llegado la hora de terminar con la *gandulería* maniaco-democrática; y, en marzo de 1936, sus principales dirigentes se reunieron en Madrid para ultimar detalles y decidir la fecha de la rebelión.

La situación del país se hizo muy grave; mejor dicho, la derecha y la ultraderecha la hicieron muy grave. Escudada en su impunidad, la derecha quería demostrar que no había orden, que no se podía salir a la calle, que no había poder, que las hordas marxistas y anarquistas se habían adueñado de la calle y España se estaba rompiendo en pedazos. La derecha y la ultraderecha reclutaban jóvenes para organizar y entrenar unidades paramilitares (los carlistas venían haciéndolo desde antes de la caída de la dictadura de Primo de Rivera); y, en cuanto a la izquierda, había comenzado también a organizar por su parte unidades paramilitares para hacer frente a una posible agresión de la derecha y la ultraderecha (sobre todo, las Juventudes Socialistas Unificadas y las minoritarias Juventudes Comunistas).

Las tensiones político-sociales parecían, pues, haberse llevado hasta posiciones extremas de ruptura. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que había puesto al país al borde de un estallido incontenible? ¿Cuál era la causa que lo había empujado hasta el borde del estallido?

Sin duda, la clase dominante -que odiaba todo lo relacionado con la democracia y, en mayor medida, todo lo referente al progreso (en los primeros

meses del Alzamiento Nacional, se levantaron voces en Salamanca reclamando el restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición)- estaba provocando graves tensiones. Pero todavía hoy sigue sin aclararse la causa grave -concreta y evidente para todos- que llevó a los dirigentes militares a asumir la terrible responsabilidad de desencadenar la Guerra Civil. Y el que nos los preguntemos todavía hoy -a falta de una motivación concreta y plenamente evidente para todos (y, aún más, de una multiplicidad de motivaciones)- viene a indicar de por sí que el provocar una guerra civil, el iniciarla, fue una ligereza, una frivolidad, monstruosa. Porque el descubrimiento, después de iniciada la guerra, de “*Documentos secretos*” que “demostrarían” que la izquierda conspiraba para implantar un régimen comunista en España es una justificación *a posteriori* y no merece el menor crédito; es más, lo que sí demuestra es que no había una causa tan grave que justificara la serie de muertos y destrucciones que toda guerra ocasiona.

Los terratenientes y sus aliados decidieron desencadenar la guerra, en defensa de sus rentas, por una serie de razones.

Una de ellas fue la adhesión casi completa del Ejército, lo que les aseguraba prácticamente el triunfo. Otra, la incapacidad de los terratenientes para actuar en política y la imposibilidad de la defensa de sus intereses con argumentos racionales en ese campo: ¿cómo iban a hacerlo, si ello iba en detrimento de los intereses de todos los demás ciudadanos? Otra razón importante fue el no reconocimiento de la validez del curso político, tras el fracaso de los gobiernos de la derecha (Gil Robles, Lerroux, etc.), y la convicción de que, tras las repetidas e infructuosas intentonas anarquistas y libertarias y la tentativa revolucionaria de Asturias en octubre de 1934, las “gentes de orden” aceptarían una mano dura que se impusiera de modo rotundo en el país.

Además, la situación internacional era plenamente favorable a cualquier política “anticomunista”, aun cuando ésta conllevara gestos fascistas o nazi-fascistas, dada la ambigüedad de que estaban dando muestras países “democráticos” como Inglaterra, Francia, Estados Unidos y otros, y su contraste con la política belicosa de Alemania e Italia y su apoyo a todo movimiento político que pudiera serles favorable. A lo que hay que añadir la política beligerante y activista de la Iglesia católica, que, con tal de frenar el progreso, era capaz de aliarse con el diablo, por lo que se comprometió a muerte con los latifundistas; un respaldo, total y absoluto, como consecuencia de la identificación de la jerarquía de la Iglesia nacional con las clases residuales del feudalismo tardío, los carlistas navarros y sus afines, dispersos por todo el Estado, fundamentalmente.

Reagrupación de la burguesía naciente y las derechas en general en torno a la clase terrateniente, tras 1934, y planificación de la guerra civil por el ejército africanista

Una cuestión muy grave -y clave en el estudio de la Guerra Civil- es la de esclarecer si la guerra fue planeada como un golpe de Estado -el clásico *pronunciamiento* español- o si fue planeada como algo más serio.

La lógica de las cosas parece apuntar, desde luego, a algo mucho más serio y eficaz que, por ejemplo, el Pronunciamiento de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Los conspiradores de 1936 estaban convencidos de que el golpe de Estado no resolvería nada; y los terratenientes, en particular, buscaban una solución eficaz y de larga duración: algo así como el descabezamiento de todas las organizaciones de izquierda y el aniquilamiento de sus dirigentes “para siempre”; aunque, para conseguirlo, había que crear unas condiciones que lo facilitaran mediante una represión permanente de alcances nunca antes conocidos.

Va para treinta años que -en una revista genuinamente cavernícola y troglodita ya en aquel tiempo (hoy sería inconcebible su publicación)- se publicó un artículo, «¿Qué pasa en Brasil?», firmado por Américo Santos Guerrero, en el que se analiza el golpe de Estado de los militares brasileños que derribó al Presidente Goulart. En él se critica a los militares brasileños por no haber sabido esperar: fueron unos impacientes; y no supieron cargarse de razón para aniquilar a los marxistas, por lo que éstos pudieron pasar a la clandestinidad con sus dirigentes y sus organizaciones intactas y prontas a recuperar el poder.

“Muchas veces -se dice en ese texto- no es conveniente enfrentarse al enemigo sino cuando uno puede aplastarlo. Las victorias a medias pueden ser más peligrosas que las derrotas a medias. La izquierda brasileña ha conservado su organización. La falta de un combate armado ha dejado a la contrarrevolución como el Gobierno Lerrox-Gil Robles dejó a la española en octubre de 1934. No ha sido posible asestar un golpe a fondo a la secta revolucionaria y a los políticos que en mayor o menor medida la encubren y ayudan.»¹⁰

Esa tesis, ese objetivo -tener la paciencia necesaria para esperar hasta provocar a los marxistas al combate armado, y entonces aniquilarlos (no enfrentarse al enemigo, las sectas revolucionarias, hasta que se pueda aplastarlo)- ha sido después ampliamente reiterado en la práctica. Pero no se encuentra en las declaraciones y proclamas de los generales españoles que, después de innumerables reuniones, planearon y dirigieron el “Alzamiento”. Aunque lo que sí hay en ellas es alusiones a “una guerra civil”, y deben ser muchas, pues los militares, exaltados y entusiastas en exceso en muchas ocasiones como eran, no habrían podido contenerse, a pesar de inventar el eufemismo “alzamiento” para evitar la palabra castiza española *Pronunciamento*, o la expresión *guerra civil*.

Otro autor, Felipe Beltrán Güell -que recoge información bastante fidedigna al respecto en un libro interesante, *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*- al señalar la falta de preparación, la improvisación, de la intentona militar del 10 de agosto de 1932, indica que «lo que estaba fuera de duda es que el país no estaba aún preparado para una guerra civil».¹¹ Y añade que la tesis de que se iba a una guerra civil está más clara en la Base 5ª, segundo párrafo, de la Instrucción “técnica”, número 1, que reproduce en su libro.

«Se tendrá en cuenta que la acción {se está refiriendo a la “conquista del poder”} ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o de huelgas.»¹²

Por lo demás, “Movimiento” es un eufemismo que ha tenido mucho éxito y ha servido para designar al partido único que “aglutina” por la violencia a numerosos grupos políticos; y los franquistas lo preferían a la palabra tradicional, “Partido”.

Entre los intelectuales y profesionales no franquistas predomina la idea de que los generales que se sublevaron el 18 de julio de 1936 sólo pretendían conquistar el poder mediante el clásico *pronunciamento* o golpe de estado, y que la resistencia popular frente al mismo lo convirtió en guerra civil. Pero mantener esto es una ingenuidad, indigna de un intelectual, que tiene la obligación de ir más allá de las apariencias y descubrir los que hay tras ellas.

¹⁰ ¿Qué pasa?, segunda época, núm. 29, 10 de julio de 1964.

¹¹ *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*, Valladolid, 1938 (Valladolid, 1939, en la contraportada interior), p. 91.

¹² *Ob. cit.*, p. 123.

Aunque a los franquistas les gustaría que se aceptara tal ingenuidad, creer que la Guerra Civil fue planeada como un golpe de Estado, y que éste degeneró luego en guerra civil, supone negar toda competencia técnico-profesional a los generales y a los políticos españoles y equivale a atribuirles una falta de preparación, una improvisación, indigna. Pues, en tal caso, ¿de qué habrían servido tantas y tantas reuniones, en Madrid en casa de la condesa de Tal o de Cuál?; o, ¿para qué la creación en París de una sociedad de estudios que

«recogiera y divulgara textos de grandes pensadores sobre la legitimidad de una sublevación, y para apoyarla se creó *Acción Española* el 15 de diciembre de 1931?». ¹³

Los generales que preparaban el *Alzamiento* ostentaban cargos importantes. El General Sanjurjo, por ejemplo, era Director de la Guardia Civil mientras tramaba un *alzamiento* privado. Mola, Queipo de Llano, Franco, etc., todos los generales rebeldes, disfrutaban de cargos de la mayor responsabilidad, lo que les permitía disponer de la máxima información e influencia; aparte de que contaban con las subvenciones de los grandes propietarios terratenientes.

«No podrá reprocharse a los preparadores del Movimiento de 1936 -escribe Beltrán Güell- la improvisación y abandono de que se culpó justamente a los de 1932; en la siguiente "Instrucción Reservada" número 1, (...), puede advertirse el espíritu que los animaba y su meticulosa preparación.» ¹⁴

Los dirigentes militares y políticos que planearon el *Alzamiento* pudieron cumplir con su trabajo a plena satisfacción.

Las expresiones "acción violenta" y "acción en extremo violenta", que se repiten en varios párrafos de las "Instrucciones Reservadas" -redactadas, al parecer, por el General Mola-, se interpretaron en la práctica para eliminar físicamente a los dirigentes militares opuestos o indecisos ante la rebelión militar. De hecho, el mismo Beltrán Güell afirma, al relatar el comienzo de la sublevación en Melilla, Tetuán y Ceuta, que los militares conspiradores interpretaron la expresión de "violencia extrema" como "ejecución" en el acto, pura y simple, incluso en el caso de que quienes no se les unieron no les ofrecieran resistencia.

Que los militares, y en particular un amplio grupo de generales y de coroneles, conspiraban era un hecho de conocimiento general. Pero lo más grave es que la derecha española veía con complacencia cómo los militares *suplantaban* a los civiles, liberándoles de los esfuerzos intelectuales necesarios para bajar a la arena política y luchar por sus propios intereses y convicciones. Da la impresión de que la ultraderecha española y sus aliados -que crecían conforme el peligro de una toma del poder por la izquierda se hacía más evidente e inminente- permanecían confiados en que, en el momento oportuno, los militares intervendrían para someter a las izquierdas y establecer un poder eficaz, garante de los derechos e intereses de la clase terrateniente y sus paniaguados (esto es, de las clases residuales, muy importantes en la sociedad española, al faltar aquí la centralidad del enfrentamiento entre el empresariado capitalista y la clase obrera, por la escasa penetración del capitalismo).

Lo que sí se produjo en los años de la República (sobre todo, tras el intento revolucionario de los mineros asturianos en 1934), fue una fuerte reagrupación de la burguesía naciente en torno a la clase terrateniente, revestida con una ideología fascista. La exhibición del espantajo de la amenaza de la implantación de una sociedad libertaria o bolchevique y el conocimiento general de la estrecha

¹³ Beltrán Güell, *Ob. cit.*, p. 82.

¹⁴ *Ibidem*.

vinculación existente entre la clase terrateniente y la cúpula militar explican la reagrupación de las derechas en general en torno a la clase terrateniente; después de octubre de 1934 y tras las elecciones de febrero de 1936, que dieron el triunfo al Frente Popular, el *Alzamiento* -es decir, la guerra civil- era su única y última esperanza.

Los terratenientes y sus aliados abdicaron, pues, de sus responsabilidades políticas, de sus deberes de desarrollar una actividad política entre la población; y, así, un político de la talla de Gil-Robles pudo escuchar sin protesta alguna las palabras del coronel Aranda: "Sepa Vd. que, si continúo en mi puesto, es para evitar que el cargo pase a otras manos. *Cuando llegue el momento decisivo* ya verá Vd. cómo procedo".¹⁵ El triunfo de los partidos de izquierdas agrupados en el Frente Popular hizo inevitable el *Alzamiento*, esto es, la Guerra Civil; y esto es lo que querían, los militares, ante todo, y, con ellos, todas las gentes de derechas.

De hecho, la Guerra Civil había sido "meticulosamente" preparada. Sólo faltaba el "pistoletazo de salida". Lo dio el General Franco en Tetuán. Y, con ello, comenzó la caza de los oficiales y jefes tímidos, vacilantes y (seguro) prudentes; lo más sorprendente es que los altos mandos ejecutados ignoraran la hora del comienzo de la sublevación, pues, de haberlo sabido, habrían salvado la vida.

El acaparamiento del poder como "botín de guerra" y el empeñamiento en afirmar que "la Guerra Civil no ha terminado", prueba de cargo contra el ejército africanista

Ahora bien, ¿por qué ese frío odio contra los que no quisieron sublevarse? ¿Dónde estaba la raíz y la motivación del odio satánico de que hicieron gala los sublevados?

Contempladas las cosas desde el presente, se puede achacar a los generales y coroneles sublevados una perversidad brutal y un ansia increíble de poder. En alguna parte he leído que Mola dijo que, de encontrarse a su padre en el bando de enfrente, lo haría fusilar sin la mínima vacilación. ¿A qué grado de perversión moral había llegado? Los rebeldes se enorgullecían de su perversidad moral, como si todos sus crímenes los cometieran en cumplimiento de su deber y al servicio de una causa superior (caso de que poder existir una causa justificadora de tanto crimen). Pero, en realidad -y esto es lo verdaderamente terrible-, todo cuanto hicieron lo fue al servicio de una insaciable ansia de poder, puesto que, una vez obtenido, dispusieron de él como botín de guerra, como demostraron luego fehacientemente.

Tal parece ser el objetivo fundamental del desencadenamiento de la Guerra Civil. Los militares jamás habían alcanzado el poder por procedimientos legales, y ni ellos ni sus "parientes", los terratenientes, tenían nada que ofrecer al pueblo español. Amparados en la impunidad que da la condición de clase dominante, elaboraron un proyecto muy simple. Esgrimiendo la amenaza de la toma del poder por las hordas revolucionarias y la chusma, les fue muy fácil provocar la desestabilización del país y crear la sensación de caos (a lo que contribuyó, es cierto, la inmadurez y la desorientación de algunos sectores, amplios, de la clase obrera). Se presentaron como la única fuerza capaz de salvar al país, con gran complacencia de la clase terrateniente y hasta de la burguesía, zarandeada bajo la doble presión de los terratenientes y las clases residuales tardofeudales, de un lado, y de los trabajadores, por otro. Y, una vez en el poder, se obsesionaron con retenerlo, con permanecer en el mismo, a costa de lo que fuese.

¹⁵ José M María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1967, p. 247.

El empecinamiento en afirmar que “la Guerra Civil no había terminado” así lo demuestra. Todavía en 1974 la revista *Fuerza Nueva* dedicaba su número de junio a un acto, en homenaje al Jefe de Gobierno, Almirante Carrero Blanco, que resumía en su portada con esa misma frase, pronunciada más de una vez por Carrero Blanco antes del atentado que acabó con su vida, en diciembre de 1973; y el propio Caudillo volvería a repetirla el año de su muerte, 1975, en su último discurso político.

Ahora bien, ¿qué relación tiene esa afirmación -“la guerra no ha terminado”- con el ansia de poder y la obsesión por permanecer en él?

Si la guerra no había terminado había que seguir utilizando los procedimientos de violencia implacable, extrema, que se aplicó en julio de 1936. ¿Cuántas veces se reclamó la persistencia, la conservación, del espíritu del 18 de julio de 1936 en los últimos años de la dictadura franquista? Hasta el bochornoso e inhumano intento de prolongar, como fuese, la vida del General Franco para prolongar así el propio poder no hace sino corroborar, confirmar, eso mismo.

Contraste entre la toma de conciencia popular y el aislamiento del ejército profesional, y respaldo neocatólico del golpe de estado, a sabiendas de que llevaba a la guerra civil

La mayoría de los generales del 18 de julio, o los más influyentes de ellos, querían el poder y lo querían sin ningún tipo de condicionamiento por parte de sus aliados, porque hicieron una guerra de exterminio para no volver a tener nunca enemigos. Y el modo en que se llevó a cabo el *Alzamiento* viene a negar la tesis de la Guerra Civil como un “golpe de estado” organizado por los generales y que, a pesar suyo, desembocó en una guerra civil por la reacción violenta de los trabajadores. Aunque es cierto que los hechos fueron más complejos de lo que los especialistas admiten.

Sin duda, los generales querían un golpe de estado semejante aunque mucho mejor organizado que el que intentó el General Sanjurjo el 20 de agosto de 1932. Pero estaban convencidos de que con el golpe de estado, aun teniendo éxito, no se resolvería nada, pues, dado el despertar de los trabajadores (e, incluso, de los campesinos pobres), éstos volverían muy pronto a recuperar su fuerza y su capacidad de obstaculizar todo intento de buen gobierno; en otras palabras, no se podría evitar que, al cabo de pocos años, volviera a repetirse la situación que había hecho necesario el golpe del estado. Además, no se trataba tan sólo de enderezar una situación política y social muy deteriorada; si se recurría al golpe de estado, es porque peligraba la hegemonía de la clase terrateniente, la clase realmente dominante, rica y con la poderosa nobleza feudal como núcleo central.

La vieja nobleza salió muy reforzada con la *desamortización* del siglo XIX. Tras perder en un principio a su aliada tradicional, la Iglesia feudal, poseedora de enormes riquezas, recibió una parte importante de los bienes desamortizados eclesiásticos. Luego, los demás compradores de los mismos se le unieron, al coincidir los intereses de unos y otros, formándose así la clase terrateniente como nueva clase hegemónica. Pero, además, la cúpula de la vieja nobleza, durante siglos estrechamente vinculada a la monarquía, pasó a formar el séquito o camarilla del Rey. De modo que la influencia de las viejas y poderosas familias nobles continuó siendo muy grande, al no haber forma de apartarlas del palacio ni de impedir que intrigaran contra el poder político; tanto más, cuanto que esa misma vieja nobleza había monopolizado antes todos los altos cargos del Reino, y en particular el cuerpo de oficiales (prácticamente, hasta mediados del siglo XIX todos los oficiales tenían que ser nobles), aparte de que solía aportar los miembros de las cúpulas del poder judicial y del eclesiástico.

Además, la clase terrateniente se hizo con otra poderosa influencia social; a saber, los pequeños propietarios agrarios. Puesto que sus rentas dependían del precio del trigo, los terratenientes pusieron todo su empeño político en mantener la prohibición de introducir trigo del extranjero (o en conseguir unos aranceles lo más elevados posibles para el cereal). Pero el mantenimiento consiguiente del precio del pan en el interior muy alto, supuso también un alivio importante para los millones de pequeños campesinos de La Mancha, la Meseta del Duero, Aragón y otras regiones, que conseguían tan sólo rendimientos de unos 5 Qm por hectárea en sus tierras, muy esquiladas. De modo que esos pequeños propietarios agrarios, aun viviendo ahogados por las deudas, se sentían protegidos por los representantes más activos de la clase terrateniente y los apoyaban políticamente, sobre todo en las elecciones. Y ese apoyo fue muy notorio en la Guerra Civil, tras exhibir los terratenientes la amenaza de que los comunistas venían a repartir las tierras de cultivo, exagerando los efectos de la Reforma Agraria; así, cuando los campesinos gallegos oían hablar del reparto de tierras, y miraban en torno, no sabían muy bien qué tierras iban a repartirse -las tuyas o las mías-, dado que nunca habían visto los latifundios de la mitad sur de la península.

En los comienzos del segundo tercio del siglo XX las industrias capitalistas habían hecho avances portentosos en Inglaterra, Alemania, Francia, Japón y, sobre todo, en los Estados Unidos de América. Luego, sus máquinas y sus nuevos instrumentos habían demostrado una terrible eficacia en la primera matanza industrial más importante de la Historia de la Humanidad. Y, tras esto, Alemania preparaba la aventura más criminal y sangrienta de la historia, Italia, fascinada por Mussolini, iniciaba su propia aventura, más limitada, Rusia comenzaba su construcción del socialismo estaliniano y Japón se disponía a conquistar Asia, comenzando por la conquista de China; etcétera, etcétera. Pero, entre tanto, ¿qué es lo que proponía la clase dominante, la clase terrateniente, como clase dirigente, al pueblo español?

Por de pronto, el Estado español, bajo la hegemonía social y política de la clase terrateniente, tuvo que abandonar Cuba, Puerto Rico y Filipinas en los dos últimos decenios del siglo XIX. Entonces, los generales del ejército derrotado descubrieron un recurso justificador, al atribuir la culpa de la derrota a los partidos políticos que, faltos de patriotismo, no habrían prestado al Ejército el apoyo que éste había necesitado. De modo que la cúpula militar y buena parte de la oficialidad comenzaron a manifestar signos de pretorianismo y “derechización”, situándose al margen y por encima de los partidos, a los que despreciaban. Esa “derechización”, creciente desde la Restauración, pareció reflejar cierta influencia del carlismo -denostado, vencido, pero nunca destruido-, cuyos dirigentes habían declarado más de una vez que ellos constituían la reserva indestructible de la ley y el orden, y la garantía de la conservación de las esencias, valores y principios de lo genuinamente español. En cuanto al Rey Alfonso XIII, contribuyó posiblemente por su parte a esa derechización militar con el favoritismo en los ascensos y la búsqueda en el ejército del apoyo político que no encontraba ni siquiera en los partidos conservadores.

El Ejército profesional -los generales, jefes y la parte más consciente de la oficialidad- había dado muestras evidentes de talante liberal y progresista durante casi todo el siglo XIX. Pero, tras la Restauración, tendió a identificarse cada vez más con la Corona. Y, tanto los propios militares como los mismos partidos turnantes, le mantuvieron en su papel de complemento de la Guardia Civil, al consistir su función, principalmente, en la defensa del orden interior: el Ejército, columna vertebral de la Patria.

La dedicación del Ejército al orden interior le apartó de los problemas internacionales, por lo que no se vio forzado a reformar su organización y sus modos de actuación. Pero esa dedicación profesional al orden interior tuvo que responder a alguna exigencia importante y peculiar nuestra estructura política, económica y social. ¿Por qué en casi todas las naciones de nuestro entorno el Ejército tuvo como objetivo la defensa exterior, y en España no? Las aventuras semidomésticas de Ceuta, Melilla y el protectorado de Marruecos (“concedido” a España por las potencias dominantes en la zona), ciertamente desastrosas, no son, desde luego, un buen argumento en contra al respecto. Y, por lo demás, la desviación de nuestro Ejército de sus objetivos propios fue la clave y la causa de la crisis militar, con la actuación de las Juntas de Defensa en el momento más difícil de la crisis política: los partidos políticos prácticamente desaparecieron; y el resultado fue el golpe de estado del General Primo de Rivera, respaldado por el Rey, los generales de Palacio y los empresarios catalanes.

Ahora bien, ¿qué resolvieron, en los siete años de dictadura, los militares que se hicieron entonces cargo de la gobernación del país? Primo de Rivera prometió llamar a hombres íntegros, honrados e inteligentes, y no contaminados por los vicios de la política. Él era un militar, una profesión que no enriquece demasiado, por cierto, al hombre que se dedica a ella; y sus ideas acerca del gobierno del Estado, fueron más bien ingenuas o, sencillamente, “sopladas”. Tampoco era ni mejor ni peor político que el Caudillo (Führer, Duce, Conducãtor,...), quien confesaba a su primo y secretario que él era apolítico. Como tampoco lo es el General Alfonso Armada, quien (en un reportaje de televisión, el 23 de febrero de 1994) declaraba que, antes del 23 de febrero de 1981, en su esfuerzo por estar bien informado, leía todos los periódicos, oía la radio y seguía la televisión, preparándose así para gobernar al país. ¡Pobre! ¡Creía que, para estar bien informado, había que leer los periódicos!

Esa declaración del General Armada es todo un síntoma de la pobreza de su formación intelectual, que es la misma que han recibido todos los militares españoles: el General Sanjurjo, el General Mola y, por qué no, también el Caudillo, de quien se cuenta que su madre se opuso a que fuera a la Universidad porque se haría un descreído. Y esto, cuando los militares tendrían que contar con una formación seria, objetiva, amplia y general, puesto que, a lo largo de su vida profesional, necesitan y reciben mucha información que deberían integrar en su estructura intelectual -pues, no otra cosa quiere decir comprender- para saber si tienen que tomar decisiones al respecto, que es lo que ocurre en la mayoría de los casos.

Tal es el juego dialéctico de la formación y la información. Sin formación no hay información; sin una capacidad real, objetiva, de entender, no sirve de nada tener información. El individuo no puede construir su estructura mental propia y peculiar, su personalidad, sin información; pero tampoco puede recibir e interpretar la información, y tomar decisiones en consecuencia, sin esa estructura mental. Por eso se puede (y se debe) definir la conciencia como aquel conocimiento que conoce. La conciencia es la formación que recibe una información y la entiende e integra o asimila del tal modo que la convierte, de inmediato, en conocimiento, es decir, en capacidad de conocer.

Ahora bien, la formación que se daba a los oficiales en las Academias Militares ponía el mayor empeño en inculcarles una conciencia patriótica. Pero, en ausencia de auténticos conocimientos de la evolución histórica de nuestro pueblo, todas esas enseñanzas abstractas se convertían en soflamas o arengas puramente retóricas. De modo que no es de extrañar que, con un lenguaje intelectual tan

simple, los militares de carrera sufrieran el aislamiento creciente de la sociedad española, mientras por otra parte iban asumiendo el papel de depositarios y cultivadores exclusivos del patriotismo. Basta comparar, para comprobarlo, la producción intelectual de los profesionales del Ejército desde la muerte de Fernando VII hasta la Restauración, con la correspondiente a los años que van desde la Restauración a la Guerra Civil.

El descenso de la actividad intelectual de los militares profesionales y su creciente aislamiento del pueblo -e incluso de la misma clase dominante- coincidió con la época en que la clase terrateniente, como clase hegemónica, conducía al país al estancamiento, ya que, al defender sus “rentas”, frenaba todo progreso. Además, al hacerlo, arrastraba a las clases residuales, aliadas suyas, al estancamiento y al inmovilismo, aunque los trabajadores del campo (los pequeños campesinos parcelarios, sobre todo) y los de las ciudades buscaban una salida en la emigración al exterior. De hecho, desde la década de los 90 hasta la Primera Guerra Mundial, en concreto, esos trabajadores se desplazaron hasta allí donde se ofrecía algún puesto de trabajo, a pesar de la dureza de su nueva situación; porque la mayor parte de la mano de obra sobrante, disponible, procedían de la agricultura de subsistencia y sólo sabían un poco de los cultivos agrícolas, y la tierra como medio de producción continuaba siendo el objetivo anhelado por millones de españoles.

Mientras los trabajadores en general despertaban y tomaban conciencia de su situación como pueblo, los militares profesionales se aislaban en los cuartos de banderas de sus regimientos a jugar y chismorrear, desconociendo por completo qué hacía el pueblo. Tampoco les preocupaba gran cosa, puesto que lo despreciaban olímpicamente; quien lo dude que tome nota de cómo los oficiales trataban a los pobrecitos hijos del pueblo, campesinos en su mayoría, que como reclutas caían en sus manos. No creían en el pueblo español, del que una buena muestra llegaba a sus cuarteles, aunque sí en los Tercios de Flandes, los que lucharon en Italia, de cuyas leyendas tenían atiborrada la cabeza. Soñaban con las glorias de Flandes, las conquistas de Indias y con el imperio en el que nunca se ponía el sol; y continuaban creyendo en el destino universal del hombre anterior a la ruptura de Lutero, en su condición de mitad monje y mitad soldado (o, como precisaba uno de los compañeros del Fundador, “mitad obispo y mitad general”, que sería a lo que aspiraba todo español y lo que realmente quiso decir José Antonio).

El reconocimiento de las actitudes, valores, principios de los militares, los terratenientes y sus aliados ultramontanos y toda una grandilocuente fraseología medievalizante (sin renunciar, claro está, a ninguna de las conquistas de la industria capitalista) evidencian el inmovilismo de todos ellos, su propósito hipócrita y embaucador y su desprecio del pueblo español. Para constatar esto último bastan una par de testimonios: el del joven alférez, citado por Bernanos: “Hay que matarlos para que no se condenen”; y este fragmento de un editorial de ABC, en junio de 1939:

¿Son respetables todas las ideas? ¿Tiene todo el mundo derecho a profesar las que estime convenientes? Dos siglos de liberalismo contestan con afirmación a ambas preguntas. La victoria de Franco, que ha borrado, por fortuna para España, estos dos siglos de liberalismo nos hace fijarnos ya en la verdad de las cosas y, sin miedo al qué dirán, responder con recta conciencia: no; las ideas erróneas no son respetables y nadie tiene derecho a profesarlas y propagarlas”.

Gentes con semejante mentalidad no podían presentarse al pueblo español para hacerle ninguna propuesta política mínimamente aceptable; era absolutamente imposible.

Dado su aislamiento, los militares profesionales y determinados estratos sociales de las clases residuales tendían a nutrir sus espíritus -sus conciencias- con las leyendas pseudopatrióticas que sostenían y transmitían los sectores más ultras de la Iglesia. Es más: la Iglesia, como educadora de la clase dominante, creó la concepción político-religiosa que se ha denominado nacional-catolicismo, al construir la nueva “conciencia nacional” con elementos religiosos revestidos de forma política (Santiago matamoros, Don Pelayo, Las Navas de Tolosa, Lepanto,...) e incorporar esas luchas al Cristianismo romano.

Ese ideal nacional-católico, con una mezcla de Cruzada apostólica y de exaltado orgullo nacional (la expulsión de los moros, la conquista de América, las glorias de Flandes, el imperio en el que nunca se ponía el sol, el Siglo de Oro, la Guerra de Independencia,...), constituía un contenido glorioso y suficiente para satisfacer cualquier conciencia, llenarla de orgullo y compensar el vacío más completo de varias generaciones. En realidad, el Ejército español había estado envuelto en tareas y conflictos internos desde la Guerra de Independencia (en la que la nobleza y “su” Ejército quedaron, por cierto, malparados); pero, aún así, ese tipo de ensueños bastaban para satisfacer su su ampulosa vanidad.

De hecho, la única aventura exterior del Ejército español fue la “pacificación del Protectorado del norte de Marruecos” y constituyó todo un desastre: el Barranco del Lobo, Annual,... Las hazañas de los militares africanistas no aparecen en los mármoles ni en los tratados de Historia, y la más brillante fue haber desencadenado la Guerra Civil: ¡qué vergonzosa y trágica historia! Meses antes del 18 de julio de 1936, el periódico más conservador e influyente del país reclamó, bajo la firma de un militar, “Armando Guerra”, el retorno del Ejército destacado en el norte de Marruecos, porque era en la Península donde se hacía no ya necesaria sino urgentemente apremiante su presencia. ¿Para qué? Para defender la propiedad de la tierra. Aunque esa necesidad no se presentó de repente: hacía decenios que la presencia del Ejército era necesaria, y así se deducía de su falta de espíritu aventurero en el exterior, tan jingoísta. La burguesía catalana era más partidaria de aventuras conquistadoras que toda la ultra derecha y la derecha del país; y es que, cuando la clase dominante de un país necesita al Ejército para defender la propiedad, ese país está rigurosamente *maniatado*, se encuentra en estado de inmovilismo, de estancamiento.

Ahora habría que volver al 18 de julio de 1936, para aclarar si los generales planearon un golpe de Estado que degeneró en guerra civil o una guerra civil, directamente. Pues bien, los generales gozaron de plena libertad y de la más completa impunidad para preparar un golpe de Estado que desembocaría en guerra civil; porque una guerra civil, directamente, no la puede preparar ni un general ni un grupo de generales: estalla cuando se dan unas condiciones objetivas que están por encima de la voluntad de los hombres. Los generales españoles prepararon un golpe de estado a sabiendas de que desembocaría en guerra civil; y eso era lo que buscaban, pues contaban con una gran experiencia al respecto.¹⁶

¹⁶ Esta frase, inacabada, la escribí el sábado 16 de abril. El domingo 17 no escribí nada; estuve todo el día revisando fichas. Al anochecer, vino a verme el Dr. Miguel Hernández. Le expliqué lo que estaba escribiendo y para qué; y él me sugirió que leyese la entrevista de ese día en el suplemento *Domingo*, del diario *El País*. No pude hacerlo hasta la mañana de hoy, lunes 18, y me contrarió. Mi disgusto fue, y es, tan profundo, que no sé cómo superarlo, porque las ideas centrales de Paul Preston, en su libro *Franco* (Grijalbo, Barcelona, 1994) son mis ideas, y formuladas incluso con las mismas palabras. Esto no es consecuencia de que él y yo hubiéramos leído unos mismos libros, sino de haber reflexionado sobre el mismo objeto con unos mismos supuestos teóricos, como diría Darwin. Pero siento asco y vergüenza de mi fracaso; yo tenía que vivir: no pude dedicarme a escribir sobre la Guerra Civil. (*N. de E.T.*)